mas que al asesino, y no cesaba de intentar irse sobre él para tomar venganza. Avisado el rey de la obstinacion del perro en perseguir à aquel hombre, quiso ver los movimientos del animal, y habiendo hecho que se lo llevaran, mandó que el gentil-hombre de quien se sospechaba, se ocultara entre todos los asistentes, que eran muchos. Entónces el perro con su acostumbrada furia va á escoger á su hombre de entre los demas, y como se sintió asistido por la presencia del rey, se arrojó mas furiosamente sobre él, dando un espantoso ladrido como si gritase venganza y pidiera justicia à aquel sabio príncipe. La obtuvo, pues pareciendo este caso maravilloso y estraño, y uniéndose algunos otros indicios, hizo el rey comparecer en su presencia al gentil-hombre, y le interrogó y urgió públicamente para saber la verdad de lo que el rumor comun y los ataques y ladridos del perro (que eran como otras tantas acusaciones) deponian contra él. La vergüenza y el temor de morir en un afrentoso suplicio, hicieron de tal modo obstinado y firme al criminal en la negativa, que al fin se vió obligado el rey á ordenar que la queja del perro y la negativa del gentil-hombre, se decidieran en un combate singular entre los dos, por medio del cual permitiria Dios que la verdad fuese sabida. En seguida fueron llevados ambos al campo, á manera de dos campeones, hallàndose presentes al combate el rey y toda la corte: el gentil-hombre estaba armado de un grueso y pesado garrote, y el perro con sus armas naturales. Luego que soltaron à este, no esperó á que su enemigo viniese á él, pues sabia que al quejoso le tocaba atacar: el palo del gentil-hombre era bastante fuerte para machucarlo de un solo golpe, y esto lo obligó á correr aquí y allí en derredor de su adversario evitando el porrazo: en fin, despues de dar muchas vueltas ya de un lado, ya del otro, espía la ocasion y se arroja de un salto al cuello de su enemigo; lo agarra bien, lo echa por tierra y lo estrecha á gritar: misericordia! y á suplicar al rey que le quiten al animal de encima, ofreciendo decirlo todo. Los guardas del campo retiraron al perro, y habiéndose acercado los jueces, por mandato del rey, confesó delante de todos que habia dado muerte á su compañero, sin que nadie lo hubiese visto mas que el perro, del que se declaraba vencido.

La historia de este perro, ademas de los honrosos vestigios de su victoria, que aun quedaban en Montargis, ha sido recomendada á la posteridad por muchos autores, y singularmente por Julio. Scaliger en su libro contra Caudam. Se me olvidaba decir que el combate tuvo lugar en la isla de Nuestra Señora. «El duelo, añade Montfaucon, se verificó en 1371. Era realmente el asesino el caballero Macario y la víctima se llamaba Aubry de Montdidier. Macario fué llevado al suplicio.»

El bosque de Bondy fué tambien el almácigo al que la jurisdiccion de

los procuradores tuvo el derecho de venir á tomar anualmente, en el mes de Mayo, el *Olmo* de las arengas, el cual era llevado á Paris al son de timbales y trompetas. No habria valido mas escoger el árbol de Normandía que produce la manzana simbólica de la discordia!

Dejemos los tiempos antiguos y el bosque de Bondy y volvamos à las costumbres modernas y à las cercanías de San Gervasio, gracioso tablero sembrado de árboles frutales y de lilas, que se estiende de Norte á Este, con sus cúpulas de nogales, y que tiene orlada cada una de sus casas con el racimo plateado de la blanca espina ó el grano rojo de la grosella silvestre.

Las cercanías de San Gervasio, y lo mismo el jardin de Tibur, debian tener su poeta, y este fué Désaugiers, que ha cantado esos Campos Elìseos del hijo del pueblo, ese alegre templo campestre de Santo Domingo y de San Lúnes, esa tierra prometida á la *griseta*, que ansía por ella todo el invierno. Habeis sido mecidos en la cuna, lectores, con los agradables cuentos de los tiempos primitivos; edad en que nacian las rosas bajo el fecundante aroma del aliento de las doncellas; quién de vosotros, pobres estudiantes, no ha creido que un dia, sobre los bancos de la escuela por supuesto, la magia blanca republicana traeria esa era prometida en que el rico viniese á decir al pobre: toma la mitad de mis goces, de mi oro y de mis flores? Pues bien! Pocos años hace se realizaba este sueño, en cuanto á las flores, en la vasta canastilla de las cercanías de San Gervasio.

Despues de la gran Pascua de los cristianos, cuando llegaba el domingo de Quasimodo, á los primeros rayos de la luz, partian de todas las salidas de Paris innumerables caravanas que coronaban bien pronto las colinas que rodean á las cercanìas de San Gervasio. Cada soldado del ejército invasor, armado de un cuchillo, entraba al territorio objeto de la espedicion; parecia que se trataba de la colectacion de uno de esos diezmos que el vasallage consagraba en la edad media y que millares de señores feudales venian à sacar el homenage de una rama ó de un manojo monstruo de lilas. Cada uno tenia ó se tomaba el derecho de rama viva: era aquello una confusion, una batahola, una reyerta nutrida de gritos y carcajadas que se cruzaban, se chocaban é iban á perderse en la atmósfera perfumada de lilas y de rosas.

Cada hora traia consigo nuevas bandadas, y las lilas, léjos de disminuir, se multiplicaban como los panes del Evangelio. La rama de flor cortada, parecia renacer en su tronco para contentar á los que llegaban de nuevo. En las callejuelas que conducian á los arrabales no se distinguian las gentes, porque todo era una masa de follage en movimiento y un zarzal compacto y apretado. La fábula de Philemon y de Baucés se realizaba; los

paseadores se habian hecho lilas y los indígenas veian pasar estas islas flotantes por delante de sus puertas y las aplaudian batiendo las manos. Si en un cruel invierno moria un arbusto de lila, se oia decir al propietario; «es necesario reemplazar este árbol á fin de que las muchachas tengan flores en las lilas prócsimas.” Un propietario que hubiera puesto cercas á sus lilas, habria sido reputado un mal ciudadano digno del odio público, y ninguna compañía de seguros se arriesgaria à poner una placa de acero en su puerta. De vuelta en su casa la griseta, distribuia ufana el botin entre sus viejos padres ó sus compañeras de edad que no habian concurrido, y ántes de llenar con sus trofeos todos los vasos de su celdilla, aislaba un ramo pequeño y lo colocaba en forma de cruz á la cabecera de su cama, sobre

el de box bendito algunos dias antes el domingo de Ramos.

Ya no va el pueblo en la semana de Quasimodo á las cercanías de San Gervasio: *ya no va á las lilas.* No es la gana lo que falta á las muchachas, pues el lugar está siempre tan verde y su césped tan fresco como en la época en que los cantaba Desaugiers, pero la aristocracia de la medianía ha puesto el código penal sirviendo de espantajo en medio de los campos y las aves que iban á ellos á pepenar emprendieron el vuelo por temor al guardacampos. Cuando la antigua nobleza tenia moradas de recreo, se acordaba à veces de los que no las tenian y permitia al pobre tomar en sus parques rosas para coronar á la vìrgen. El ciudadano lo ha cambiado todo; él ven-

de su hija al noble, su voto al diputado y sus flores à la frutera. He aquí el motivo porque ya no se va á las lilas de las cercanìas de San Gervasio, y porque las muchachas están reducidas á proveerse de casa de la florista. Como no se hace ya aquel paseo en la semana de Quasimodo, se ha perdido el hàbito de ir en las otras, y actualmente las cercanías de San Gervasio son una Cartuja, son el bajo Luxemburgo con menos las dalias del duque de Cares y las capas de tirar de los restos de las pipas de los señores veteranos.

Son sin embargo un bonito campo para paseo esos planteles solitarios: huéspedes ilustres buscaron sus sombras, y entre ellos se encuentra el paseador de la calle de Picpus, Juan Jacobo Rousseau, cuya taza de leche fué quebrada por el fanatismo de la restauracion. Las cercanías de San Gervasio tenian para él particular atractivo, y allí pasaba largas horas en compañìa de Bernardino de Saint-Pierre. Gustaban esos dos amigos de la naturaleza, de aspirar juntos el aroma de aquellas flores campestres y bajo el cielo perfumado de esos sitios se ayudaban mútuamente en la solucion de las altas cuestiones morales que las mas veces resolvia su corazon y no su elevada inteligencia. Juan Jacobo se animaba en el fuego de la discusion, cuando esta corria libremente sin las trabas de la etiqueta. Lo mismo que Platon, encontraba la palabra en el aire puro; su elocuencia, fluido electrizable, se cargaba de la elocuencia de su adversario y era tal la naturaleza homogenea de estos dos interlocutores, que se comunicaban igual poder de inspiracion; el pensamiento se elevaba, segun su lastre, à regiones mas ó menos altas como debia hacerlo á poco tiempo el globo de Montgolfier. Juan Jacobo y Bernardino de Saint-Pierre pasaban de una alta cuestion social à conversaciones familiares, y es sabido que Juan Jacobo, que con frecuencia se prosternaba ante las sublimes apreciaciones que el pintor de las Antillas animaba de su fogoso estilo, se sentia ofendido de la superioridad que le reconocia en el arte de preparar el café.

Las cercanias de San Gervasio fueron el campo de batalla de esas luchas pueriles de los dos grandes hombres, y la mesa de una modesta hospederia de aldea, despues de haber servido de laboratorio á los esperimentos culinarios, se trasformaba en una academia, de la que se escapaba algun rayo de luz á la tierra que no alumbraba aun la filosofia mas que con un fulgor incierto.

Hay en la orilla de la demarcacion de San Gervasio y Pantin un algibe que lleva el nombre de Vista de San Pedro, formado en la época en que el autor de Pablo y Virginia frecuentaba estos paseos. Habria sido posible dará este monumento modesto de utilidad pública el nombre de un hombre popular.

Hago mencion de este hecho porque sirve de transicion natural á una anécdota que corre unida con el nombre de un escritor cuya reciente pérdidalloran las letras y la amistad, el cual ha dejado en los lugares que recorremos una huella indeleble que tengo el placer de volver á encontrar; es como un recuerdo de tiempos remotos.

A mi entrada en la carrera de las letras me favorecia Cárlos Nodier con una benevolencia paternal, que acostumbraba estender á todos los jóvenes que solicitaban su patrimonio. Algunos años despues de la representacion del *Vampiro*, que escribió Nodier en compañía del ingenioso marqués de Jouffroy, persona que está hoy en vísperas de hacer una revolucion en el sistema de los caminos de fierro, como intentó entónces una reaccion en la literatura escénica que estalló mas tarde, tuve el pensamiento de poner en escena la novela fantàstica *Smarra* que habia concluido Cárlos Nodier; pedí al autor su colaboracion; acepta mi propuesta con entusiasmo, y quedó convenida que cada dia (era tiempo de primavera) iriamos á pasear para hacer el plan de la obra. Nodier, como Juan Jacobo, y lo mismo que Bernardino de Saint-Pierre, amaba los bosques de Montmorency y las cercanías de San Gervasio, dando á estas la preferencia por su mayor procsimidad: partiamos con la firme voluntad de hablar del drama en gérmen, pero la marcha no lo fecundaba. Para el que ha conocido á Nodier, el encanto de su conversacion y la savia activa de su inspiracion, es comprensible que en tres años no le recordase yo el objeto de aquellas escursiones y que me acompañase con él, solo por escuchar la dulce melodia de sus relaciones y la fórmula persuasiva de su filosofía tolerante y resignada.

Un dia habiamos penetrado mas que de costumbre en las cercanías de San Gervasio; Nodier estaba sentado en el ángulo de un algibe poco elevado, y habia separado con la mano algunos troncos de yedra que ocultaban una inscripcion casi borrada por el tiempo; deja escapar una de esas sonrisas sublimes que una muger le habria envidiado; toma un guijarro, y contento como un muchacho que prepara una travesura, mutila una letra de manera que los fragmentos diesen á entender que habian completado las últimas letras del nombre de *Bernardino:* por lo que hace al de *Saint-Pierre*, estaba perfectamente legible.

—El primer arqueólogo que pase por aquì, dijo Nodier, probará que el padre de Pablo y Virginia fué el padrino de este monumento.

Se oyó entónces un ruido como de frotamiento de yerbas.

—Estamos traicionados, dijo, y vió á un muchacho sentado à la sombra con un libro en la mano: nuestra presencia no lo habia interrumpido.

—Sabes leer, amigo mio? le pregunta Nodier.

—No tanto como quisiera, le contesta el muchacho, dirigiendo sobre nosotros dos grandes ojos negros llenos de espresion.

—Vas á la escuela?

—Cada dos dias nos alternamos mi hermana y yo.

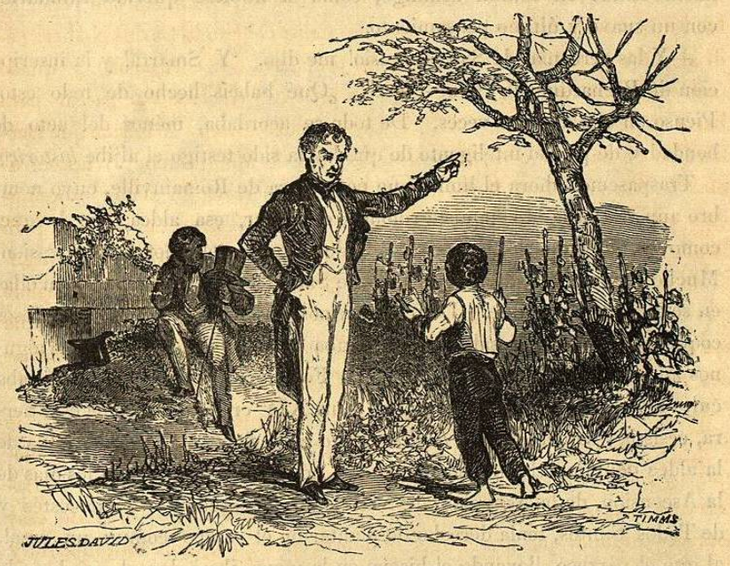
—Por qué no van los dos juntos?

—Porque costaria cuatro francos, y mi madre, que se mantiene de cuidar asnos, no podria dar tanto dinero.

Nodier dió algunos pasos acercándose al nido que estaba en el brazo de un cerezo.

—Sabes subir á los árboles?

—Sí, señor; pero ese nido es viejo.



—Yo quisiera tenerlo.

Y el muchacho se habia subido ya al cerezo y alcanzaba el nido muy poco elevado.

—Está lleno, lleno, dijo gritando, pero no de pájaros.

Ya estaba el muchacho en el suelo, mirando con admiracion su presa, que consistia en veinte piezas de moneda de plata, llamando á la madre que venia á su encuentro y mostrándole lo que habia encontrado en el nido de pinuones.

—Oh! sí, madre, estoy muy seguro!

Y estendiendo los brazos hàcia Nodier, añade: